EL BARCO DE VAPOR

Cuando la Tierra se olvidó de girar

Fina Casalderrey

sm

Ilustraciones de Miguel Pang Ly

EL BARCO
DE VAPOR

Cuando la Tierra se olvidó de girar

Fina Casalderrey

Ilustraciones de Miguel Pang Ly

LITERATURASM•COM

Primera edición: abril de 2003
Decimonovena edición: junio de 2016

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Revisión editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Cando a Terra esqueceu xirar*
Traducción del gallego: Fina Casalderrey

© Fina Casalderrey, 2003
© de las ilustraciones: Miguel Pang Ly, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8936-8
Depósito legal: M-9008-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Mariano, a Marcos y a Rocío.

A todas las personas
que son capaces de caminar,
sin caerse,
sobre una pelota de colores.

1

CUANDO LA TIERRA SE OLVIDÓ DE GIRAR

Hace muchísimos años, incluso antes de que pudiésemos saborear el turrón de chocolate, ocurrió algo muy extraño: la Tierra se olvidó de girar y de caminar por el espacio. ¡Había perdido la memoria! En lugar de dar vueltas sobre sí misma y danzar alrededor del Sol como había hecho siempre, se quedó inmóvil mirándolo como una tonta.

Si por aquel entonces hubiera tenido una madre Tierra, esta se habría enojado y le habría dicho:

–¿Qué haces pasmada mirando al Sol? No debes detenerte. ¡Muévete o te hará mucho daño!

Pero la Tierra no tenía quien la sacara de su desafortunado despiste. En realidad, nadie se preocupaba por su suerte.

Eso provocó unos problemas tremendos. En una mitad del planeta se había

instalado el día, mientras que en la otra mitad la noche no quería despedirse.

–¡Qué raro! ¡Jamás se hace de noche! –suspiraron las personas del lado en el que siempre lucía el Sol.

–¿Qué ocurre, que nunca amanece? –se preguntaban las personas del lado oscuro.

Donde el día no se iba, la gente trabajaba y trabajaba esperando la llegada de la noche.

–Pero... ¿cuándo nos toca dormir? Yo ya no puedo más –dijo exhausta una señora.

–¡Qué bien! –exclamó el dueño de su empresa–. Ahora trabajarás muchas más horas. En el contrato que has firmado dice «de sol a sol», y todavía no ha anochecido.

Aquellas pobres gentes solo se quedaban dormidas después de que, agotadas, cayesen rendidas en cualquier esquina. Su sueño era entonces tan profundo que podía durar semanas enteras.

Las lechuzas, los búhos, los ratones de campo y todos los animales de la noche dormían y dormían. No comían, no volaban, no se enamoraban... no vivían.

Enseguida comenzaron a sonar unos golpes secos, como si alguien insistiera en llamar a una puerta.

–Toc, toc, toc, toc...

Y el suelo se llenó de aves de la noche que caían como pesadas hojas muertas que se desprendiesen de los árboles.